
VV.AA.

Valladolid, *Capital de la Corte*.
(1601-1606). *Catálogo de la exposición*,
Valladolid 2002, 214 pp.

En las fechas en que se redactan estas breves notas se está celebrando en Valladolid la muestra: *Valladolid. Capital de la Corte (161-1606)*, exposición menor para lo que podría presumirse –en el doble sentido de la palabra– de un municipio con voluntad, sin duda, de capital (aunque sea autonómica).

Límites de espacio y sobre todo de presupuesto (supongo) han reducido a lo discreto tanta expectación: la muestra, en las viejas salas de la iglesia de la Pasión y el catálogo, bien hecho, pero sin excesivas pretensiones. Menoscabo que, en ningún caso, disculpa una mudez informativa que deja al confiado visitante tan ayuno como se encuentra al ingreso, a no ser que tenga tiempo u ocasión de acudir a una visita guiada. Flaco servicio para el “reencuentro” con una tradición a la que se le podría haber sacado mejor provecho, y no sólo artístico.

No son muchas las noticias que nos interesan, para esta revista, del catálogo. Recordar, sí, que en aquellos años fugaces de saraos y “*fastos geniales*”, el palacio de los Pimentel, Condes de Benavente, era conocido como Palacio Viejo por haber sido la morada más frecuente de los reyes durante sus estancias en Valladolid y donde vivieron hasta fines de 1601. Palacio viejo también, nos recuerda M. A. Fernández del Hoyo, por distinguirlo del “nuevo”, construido por Francisco de los Cobos a partir de 1525, adquirido y ampliado por el Duque de Lerma en 1600 y vendido en 1601 a Felipe III –en pingüe operación inmobiliaria– para instalación definitiva de los monarcas.

Mientras, el viejo palacio de San Nicolás quedaba para los Consejos Reales y albergue de algunos huéspedes de la Corte. Ambos inmuebles se comunicaban a través del más largo de los pasadizos de la ciudad, por los entresuelos de las casas del Conde de Salinas, cruzando la actual calle de San Quirce hasta llegar al Pisuerga. Una galería posterior del viejo caseron de los Pimentel con vista sobre dicho río –descrita con pormenor por J. Urrea– puede verse en el retrato de Pantoja de la Cruz de la Infanta Ana Mauricia (*Kunsthistorisches Museum* de Viena) futura reina de Francia, madre de Luis XIV, que nació allí el 22 de septiembre de 1601 (Lám. p. 65).

El aspecto, en cambio, que más nos importa subrayar de la muestra es la entrada al catálogo de A. E. Pérez Sánchez del retrato de Pascuale Cati (1599) del VIII Conde de Benavente, D. Juan Alonso Pimentel y Herrera (1553-1621). En ella nuestro autor pone en tela de juicio la identificación tradicional del personaje propuesta por Sánchez Cantón y seguida después por todos los autores, sustituyéndola por la del II Conde de Olivares, padre del futuro Conde-Duque, valido de Felipe IV (pp. 95-98).

F. J. Sánchez Cantón (*Catálogo de pinturas del Instituto Valencia de Don Juan*, Madrid 1923, pp. 74-76 Lám. nº 32) había argumentado la identidad del efigiado, un conde de Benavente, como la del VIII titular necesariamente, por la datación del óleo en 1599, a pesar de la dificultad que parecía presentar el semblante de Pimentel para un hombre de 46 años, lo que acusó a un prematuro envejecimiento. Virrey de Valencia entre 1598-1602 y luego de Nápoles entre 1603-1610, por la fecha del cuadro (1599), Cati, discreto pintor tardomanierista romano, tendría que haber realizado un viaje a Valencia, del que no se tiene documentación alguna, criterio forzoso que exigía la justificación de la hipótesis del estudioso gallego.

En suma, las razones esgrimidas por Sánchez Cantón para la identificación del personaje eran las siguientes:

1) Como “retrato de un conde de Benavente figura inventariado en la entrega de pinturas de la Casa depositados en el Museo Arqueológico Nacional”

2) La similitud con el retrato grabado que publicó Domenico Antonio Parrino; *Teatro eroico, de ‘governi de’ Vicere del Regno de Napoli*, Tomo II, Napoles 1692, Lám. 33, estampa que tilda de “*tan poco cuidada e infiel como suelen ser las de dicho libro*” y que, sin embargo, confirmarían para nuestro autor los rasgos fisionómicos esenciales del VIII Conde (Fig. 1).

Con el mismo fondo argumental –pero sin citar el retrato de Cati– J. Brown (A new identification of the donor in Caravaggio’s “Madonna of the Rosary”, *Paragone*, 407, 1984, pp. 18-19) propuso reconocer en el donante de la Virgen del Rosario (*Kunsthistorisches Museum* de Viena) a Juan Alonso Pimentel, VIII Conde de Benavente que, como es bien sabido, fue uno de los primeros coleccionistas españoles del pintor lombardo. Aun así, Brown reconoce la dificultad de la propuesta a partir de imágenes de tan diferente calidad y la carga intuitiva de subjetivismo en su apreciación.

De retorno a la hipótesis de Pérez Sánchez, parte éste de unas noticias publicadas por E. Nappi en 1992 que dan a conocer un pago hecho a Cati en Nápoles, precisamente en 1599, “*por tres retratos de pintura del Conde de Olivares, uno armado y otro con capa y uno de Gaspar su hijo. Los cuales son sólo de busto*”.

El nuestro se correspondería con el primero, justamente el último año en que Olivares fue Virrey de Nápoles (1595-1599), acomodándose mejor a la edad del efigiado (59 años), pues había nacido en 1540. Con dicha propuesta se evitaría tanto el presuntivo “envejecimiento prematuro” de Pimentel, como el forzoso viaje del pintor a Valencia.

Hasta aquí lo que podríamos denominar argumentación positiva de Pérez Sánchez poniendo además el dedo en la llaga sobre las flaquezas de la hipótesis tradicional desde Sánchez Cantón.

A partir de ese momento, en cambio, nuestro autor remite sorprendentemente al retrato de F. Pourbus el Viejo de D. Pedro de Guzmán, I Conde de Olivares (1564) en busca de un cierto parecido fisionómico con nuestro hombre, francamente difícil de establecer. Retrato que publicó G. Marañón; *El Conde Duque de Olivares. La pasión de mandar*, 3ª edición, Madrid 1952, Fig 1 y nota 2, en la que el ilustre médico e historiador señala una leyenda latina que identificaría al efigiado: “*D. Petrus Gosmandus Comes Olivares Primus*”. Dicho cuadro, sin embargo, en el Catálogo General de pinturas (*Verzeichnis der Gemälde. Kunshistorisches Museum. Wien*. Edición Christian Brandstätter, Viena 1991, Lám 326, abajo derecha, p. 96), se le identifica simplemente como hombre con cicatriz en la frente, año 1564.

Curiosamente, además, resulta complicado entender parentesco tan remoto entre dos identidades no comprobadas y obviar el grabado de Parrino de D. Enrique de Guzmán, II Conde de Olivares cuyo semblante, por muy torpe y defectuosa que sea la estampa (Fig. 2), no tiene absolutamente nada que ver con el retrato del Instituto Valencia de Don Juan, ni en la configuración del rostro, ni en la media melena más propia de la moda de los años treinta del XVII.

En nuestra opinión, y para terminar, la identificación del cuadro de Cati como Juan Alonso Pimentel, VIII Conde de Benavente, queda “tocada” mientras no se presenten argumentos más consistentes, “sólidez”, no obstante, mucho menos frágil que la pura noticia documental, postulada por Pérez Sánchez, para identificarlo con el II Conde de Olivares.

FERNANDO REGUERAS GRANDE



FIG. 1.- D. Juan Alfonso Pimentel, VIII Conde de Benavente, según Parrino.



FIG. 2.- D. Enrique de Guzmán, II Conde de Olivares, según Parrino.